

Maggie

Para mí, la vida humana es como una rosa.
Tan frágil y delicada, pero tan hermosa a la vez...

Es cierto que puede llegar a tener espinas, que puede ser algo dolorosa en ocasiones.
Sin embargo, eso no me molesta mucho, porque amo vivir.

Adoro mi vida y la de mis seres queridos, es lo que más aprecio en este mundo.

Y, tal como una rosa se marchita, nosotros estamos destinados a morir.

A decir verdad, no me da miedo la muerte, siento que es algo natural... Aunque tampoco me gustaría encontrármela cara a cara, preferiría evitarla todo lo posible.

Aun así, existen personas que ignoran las maravillas que nos puede otorgar el estar vivos, ellos buscan desesperadamente la manera de dejar este mundo, de extinguir sus cuerpos hasta que no quede más que recuerdos y cenizas.

Como Maggie.

Ella perdió a su madre y a su hermano en un accidente de tráfico hace varios años.
Solamente ese triste hecho hubiera sido suficiente para destrozar la vida de cualquier pobre e inocente niña, pero ella vivió mucho más...

Porque estaba dentro de aquel coche cuando el vehículo se desvió de la carretera y salió volando al atravesar una curva.

No fue un movimiento brusco, ni muy veloz; era como vivirlo todo a cámara muy lenta: la sensación de despegarse del suelo, rozar el hermoso cielo azul y caer de nuevo sobre un montón de árboles y rocas.

No contó mucho más, nunca mencionó si escuchó algún grito de su hermano menor, o si su madre la llamaba desesperadamente con la intención de que no viera lo alto que estaban antes de caer. Pero era imposible.

Ella misma relató ese momento como algo mágico, una sensación increíble de extraña libertad y tranquilidad. Ajena al peligro que estaba viviendo, solamente se enfocaba en la maravillosa vista que le ofrecía la ventana del coche: unas nubes tan blancas que parecían hechas de puro algodón, un sol con unos cálidos rayos que te bañaban de cierta paz, de un descanso de todo estrés y preocupación.

Ciertamente, un maravilloso recorrido para un final tan desdichado, lleno de sangre, oscuridad, y desesperación.

Maggie fue la única que salió de ese auto con vida, empapada en lágrimas y totalmente destrozada.

Pasó días sin hablar, tampoco comía mucho.

Neo y yo, sus amigos de toda la vida, la visitábamos constantemente. Hacíamos todo lo posible para animarla, cualquier tontería o estupidez, llorábamos con ella y también cantábamos nuestras canciones de la infancia. Y, pese a nuestros frecuentes intentos, nunca conseguíamos nada; no salía de su habitación, de su cama.

Solamente lo hizo para acudir al funeral de su madre y de su hermano.

Maggie

Los enterraron en su gran jardín, bajo un sol cubierto de nubes oscuras y grises, en un día tan triste y frío que hacía que mi pobre corazón doliera mucho, lo suficiente como para que no pudiera moverme de mi sitio en toda la ceremonia, aferrada completamente a Neo en un intento de acallar mis leves llantos de alguna forma. Simplemente no podía, sentía que era demasiado para mí.

Sin embargo, entre todos los demás invitados, se encontraba ella.

Maggie no se sentó en ningún momento, se quedó todo el tiempo de pie al lado de ambos ataúdes, con la mirada completamente perdida y sus ojos ausentes de cualquier brillo, no reflejaban absolutamente nada; ni tristeza, ni dolor, nada.

En un momento, vi a su padre acercarse a la escena, aunque no creo que hablaran mucho. La expresión en su rostro lo decía todo: estaba cansado, asfixiado de tanta inestabilidad y pesadumbre. Su cabello castaño estaba totalmente despeinado, con unas ojeras bastante marcadas y los cristales de sus gafas suavemente empañados por tanto llorar.

Él... es un buen hombre. A pesar de estar completamente enfocado en su trabajo como científico, se preocupó por su hija al igual que lo haría cualquier otro en su lugar; había perdido a su mujer, y a Oliver. Recuerdo que en ciertas ocasiones se había ofrecido a llevar a Maggie al psicólogo, le había dicho que tal vez hablar con un especialista le vendría bien, que podría liberarse un poco de tanto dolor que cargaba en su interior.

Ella lo rechazó, no quería nada de eso; decía que ya estaba bien, que podía volver a sonreír de nuevo.

Creo que mintió.

A partir de ese día, se veía más feliz, como si volviera a ser la misma de siempre. Sus notas se mantuvieron perfectas y deslumbraba como un pequeño solecito; era una persona buena y pura, pero yo sabía que estaba rota por dentro.

Lo vi en unas cuantas ocasiones, ella rezaba para volver a ver a su madre y a su hermano, lloraba a la vez que recitaba palabras llenas de esperanza, una inocencia falsa y aterradora que podría hacer temblar a cualquiera que entendiera el verdadero significado de sus súplicas...

Porque sus esperanzas consistían en morir para estar con ellos dos de nuevo.

Yo tenía miedo, mucho miedo de que le pasara algo malo.

Y entonces ocurrió...

Maggie desapareció el 23 de noviembre de 2011.

El barrio se llenó de carteles con su cara. Recuerdo ponerlos en cada farola, en cada árbol; nunca había derramado tantas lágrimas.

La buscamos por todas partes, la policía investigó un posible secuestro... e incluso se llegó a hablar de un caso de suicidio, pero no podía ser, Maggie jamás podría haber echo eso... ¿Verdad?

Conseguí la respuesta en su jardín.

El cielo lloraba conmigo cuando encontré velas usadas, gotas de sangre, un misterioso libro de hechizos y... un portal hacia otro mundo.

Estaba oscuro y me asustaba, pero más me aterraba la idea de no volver a ver a Maggie. Si se había ido, si se la habían llevado... yo la traería de vuelta.

Crucé sin dudar más, y acabé en el mismísimo paraíso.

Era un lugar precioso, un bosque con pequeñas flores y animalillos que correteaban de un lado a otro, con la luna adornando el hermoso cielo nocturno inundado de blancas estrellas; no cabía duda de que era de noche, pero era una noche mágica, inusual.

Entonces la vi.

En lo alto de una colina distinguí sus cabellos dorados; la luz de aquel cuerpo celeste iluminaba su pálida piel, haciéndola ver como el ser más bello jamás creado.

Y sus ojos... Nunca había visto un verde más puro, una expresión de máxima templanza que me llenaba de una inmensa tranquilidad.

No podía hablar, sentía que mis cuerdas vocales estaban totalmente entumecidas; mis labios no paraban de temblar y mi mente estaba vacía, totalmente ajena a todo lo que no estuviera presente en ese momento.

—¿Maggie? —Al final pude pronunciar su nombre, con temor a que volviera a desaparecer en cualquier instante.

Lentamente, bajó la mirada del extraordinario cielo y la detuvo en mí, las comisuras de sus pequeños labios se estiraron suavemente.

—Erin. —Por un segundo, su rostro reflejó la felicidad que podía haber llegado a sentir al verme. Súbitamente, cambió drásticamente su expresión, como si se hubiera dado cuenta de algo—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... —Respiré profundamente, aspirando todo el aire que pudieran acumular mis pulmones, lo solté de una manera más suave y cerré los ojos para decidir qué iba a contestar—. Nosotros estamos muy preocupados por ti, Maggie. —Los abrí de nuevo, y los clavé fijamente en ella, no podía dudar—. Te hemos buscado por todas partes, todo el tiempo, creíamos que te había pasado algo muy malo, que te habían secuestrado, que... —me detuve un segundo, arrepintiéndome de lo que había estado a punto de mencionar—. ¿Qué es lo que te ha ocurrido?

—Deseaba ver a mi madre una vez más —confesó al fin. Aunque aquello nunca hubiese sido un secreto, sentí un frío helador recorrer mi columna vertebral.

»Seguí todas las instrucciones indicadas en un libro de ocultismo y... apareció.

Una preciosa sonrisa se dibujó en su rostro, era delicada, pura y verdadera.

—Me dijo que podía ir con ella, y con Oliver; que podríamos estar juntos de nuevo, como antes. —Unas dulces lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Es lo que más quería en ese momento, Erin, ¿lo entiendes?

Su voz parecía tan lejana a pesar de estar a tan solo unos metros de mí.

Simplemente, no podía creer lo que estaba escuchando.

—Quería morir, Erin.

Sentí que no podía soportarlo más, que me desbordaba ahí mismo; entonces grité, enterré mi rostro en mis manos solo para seguir gritando, era demasiado doloroso para mí...

—Solamente así podía ser feliz, como lo era antes, lo comprendes, ¿verdad?

No, una parte de mí quería reprocharle, tomar su brazo y correr lejos, muy lejos.

Quería que viviera.

Dirigió su mirada al cielo nocturno, la luz de la luna se reflejó en sus dulces ojos verdes y su sonrisa se volvió un tanto melancólica, taciturna.

—Maggie, no mueras... por favor...

Ante mi súplica, aquel brillo que desprendía se extinguió levemente, se convirtió en una expresión amarga, sin ningún ápice de esperanza.

—Es muy tarde para decir eso, Erin.

Todo se detuvo; como si la mágica noche a nuestro alrededor se hubiera roto, la armonía que residía en aquel lugar había desaparecido.

—Porque ya estoy muerta.

Mi corazón empezó a latir con fuerza en mi pecho, de tal forma que parecía que quisiera salir a golpes de mi caja torácica y lanzarse hacia la chica que me miraba tristemente.

—Dile a mi padre que lo amo mucho, ¿vale? —Al sonreír de nuevo, su cuerpo empezó a emitir una suave luz, que se fue intensificando a medida que pasaba el tiempo—. Nos vemos, Erin.

Entonces desapareció, todo lo que alguna vez hubiese formado parte de ella se descompuso en pequeños destellos, tan dorados como su cabello, tan diminutos como las pecas que inundaron su nariz...

Su esencia se había desvanecido por completo, dejándome sola entre tantos pensamientos difíciles de asumir.

Maggie... ya no estaba en este mundo, no la volvería a ver.

Solté el aire que había contenido en mi interior y busqué con la mirada el portal por el que había llegado a ese paraíso nocturno.

Lo encontré a unos metros, esperándome con paciencia.

Me limpié las lágrimas y caminé hacia él, tenía que volver a casa con mi familia, y con Neo. Quería regresar y llorar, y reír, y vivir, porque yo sí amo la vida.

Y espero que tú también puedas llegar a ser tan feliz donde quiera que estés, Maggie.

UN DÍA EN MI VIDA

Una pelusa..., fue posiblemente lo que más llamó mi atención, se movía rápido y volaba con la más mínima brisa. Comencé a caminar lentamente detrás de ella y a mi paso tropecé con mil cosas, pero eso no detuvo mi caminata..., no, espera, ¿qué es eso?, giré la cabeza y..., ¡no me lo creo!, es un pez, repito, un pez. Abandonando la pelusa sin acordarme siquiera de que la tenía justo delante, decidí ir a por el pez.

Cuando llegué a la pecera vi como éste se movía grácilmente en el agua y me fascinó la velocidad que alcanzaba nadando. Llamé, tocando con suaves golpes el cristal, el pez se detuvo y me miró. Entonces decidí asomarme a la parte de arriba, por donde podría alcanzar al escurridizo animal, pero un horrible picor recorrió mi espalda y prioricé aliviar esa molesta sensación rascándome.

Aunque ahora que lo pienso, ¿qué estaba haciendo hace un momento? Bueno, fuera lo que fuera había dejado de ser importante, ya que un profundo sueño me invadió en ese instante, y decidí retomar mi anterior caminata hacia la cama, y descansar durante un largo rato.

Unas horas después, el hambre y el rugido de mi estómago me despertó. Me estiré y me peiné un poco para estar guapo para cuando Miriam llegara. Pero antes debía comer algo o moriría de hambre. Al llegar a la cocina, la comida estaba puesta, como era habitual, pocos días se olvidaba.

He de admitir que la comida era deliciosa, pero..., ¡no puede ser!, ¡imposible!, un pájaro en la ventana, creí haberle dejado claro que no le quería cerca de la cornisa, ni a él ni al resto de sus plumosos amigos.

Me agaché y, sigilosamente aceché a ese triste y gris pájaro, dispuesto a echarlo de una vez por todas, pero una vez que alcancé la ventana, éste echó a volar. Supongo que debió verme mientras me acercaba, sabía decisión la de irse o hubiera sido peor...

Mmm, ¿qué estaba haciendo? No me acuerdo, creo que iba hacia..., ¡o dios mío!, es Mufi. Salí corriendo y me abalancé sobre él para comenzar a correr con él por toda la sala, como si mi vida fuese en ello. Realmente disfrutaba mucho corriendo detrás de él porque sabía que siempre iba a ganarle.

Al alcanzarle nos enfrascamos en una gran batalla en la que solo el mejor ganaría, y como era de esperar, gané. Justo antes de cantar victoria, me di cuenta de que aún no se había rendido y entonces decidí volver a perseguirle para así ganar definitivamente, y fue cuando un zumbido llamó mi atención. No era más que una molesta mosca.

Demostrando mi gran agilidad y habilidad, comencé a perseguirla, pero en mi afán por echarla, tiré varios jarrones y llegué al sofá, creando un remolino de desorden a mi paso.

Sabía que Miriam se enfadaría, pero valía la pena si lograba echar de aquí al molesto animal. Me acerqué silenciosamente y conseguí darle un manotazo, desorientándola lo suficiente como para poder echarla sin problema.

Una vez expulsada de casa, me acordé de que no había comido, ya que volvía a tener mucha hambre y el estómago no cesaba de rugir. Según me acercaba al plato, me llegó un delicioso olor a carne, y sin esperar un minuto más devoré la comida.

Cuando me disponía a volver a mi cama para dormir, escuché como la puerta se abría y como Miriam aparecía sonriente. Su sonrisa no duró mucho que digamos, ya que desapareció al ver el desastre en el que su piso se había convertido en apenas unas horas, pero al mirarme relajó su expresión y me llamó:

- *Tomas ven* -dijo con tono suave. Obedecí inmediatamente y fui hacia ella, no podía perderme sus caricias.
- *Veo que te lo has pasado bien, ¿verdad?* –volvió a decir usando su dulce voz y una sonrisa.
- *Que no se vuelva a repetir, ¿vale?*

Me quedé mirándola, y pensé que realmente no me merecía una dueña tan buena como ella, porque, ¡oh no!, olvidé comentarlo, soy un gato.

Lamentos de una sombra rota

Este camino no tiene final. Ha pasado tanto tiempo que ya he perdido la cuenta, mientras se altera todo lo que puedo ver. Agua profunda sobre la que camino que esconde una tierra partida en su profundidad, árboles que emergen doblados, un sofocante sol naranja iluminando un cielo púrpura. ¿Es acaso verdad lo que veo con mis propios ojos o es todo una alucinación de mi cada vez más retorcida y loca cabeza. Ya ni siquiera sé por qué estoy siguiendo, o quién soy, tan solo sé que algo atormenta mi mente, y me incita a avanzar al fondo de lo que me espere aquí.

Me acerco a lo que parecen ser los restos de una casa, cuando de repente, sale de esta una gran cascada que escala hacia el cielo. El agua está tan limpia que parece un espejo, reflejando al frente una figura con cuerpo en blanco y negro, con ojos manchados, sin nariz, con brazos y piernas que no conectan pero todavía forman parte de dicho cuerpo y venas carmesí que salen sobre el cuerpo desde el pecho y los dedos de las manos.

¿Acaso ese cuerpo ... es el mío?

Me muevo hacia la cascada, al igual que hace el reflejo. Entro en contacto con la cascada y, mientras se difumina el reflejo, comienzo a ser arrastrado, ascendiendo hacia las nubes hasta atravesarlas.

Siento... que estoy en el suelo otra vez. Abro mis ojos. Apenas puedo ver con lo oscuro que está, pero parece que estoy en una casa. Avanzo hacia una puerta y veo una luz débil al fondo. Una vez llego hacia esa luz, veo a lo lejos caras que me resultan familiares. Me acerco a ver si puedo recordar quiénes son, pero, una vez cerca, todo cambia. No hay nada de esos rostros que mi mente reconoce. No hay cejas, no hay nariz, ni orejas ni siquiera una boca. Solo dos ojos vacíos. La cabeza me empieza a doler, una voz invade mis pensamientos, repitiendo incesantemente:

-Ya nada será como antes.

El dolor crece, desesperado corro hacia la siguiente puerta, a la distancia, cerrándola una vez entro. La voz desaparece de mi mente. Entre la oscuridad del cuarto, noto un interruptor al lado mío y lo pulso, lo cual enciende las luces.

Noto un espejo en frente, en donde veo las pared a mi alrededor, pintado en morado con una sola frase que se repite:

-Todo está en ruinas

De repente, la imagen del espejo se transforma en una espiral, rompiendo el mismo espejo en pedazos y atrayéndome, para ser llevado a otro lugar.

Despierto en un bosque, o lo que queda de este.

Plantas quemadas, huecos en el suelo que hacen de acantilados al fondo, charcos morados de algo aparentemente viscoso como la miel cayendo hacia esos huecos, y en el fondo de todo eso, un orbe oscurecido sobre una pequeña fuente.

Al ver el orbe, mi cuerpo empieza a moverse hacia este, como si lo llamase. Intento resistirme y recuperar el control mientras me acerco más y más al acantilado, pero no sirve de nada. Y justo cuando mi pie se mueve hacia el acantilado, siento algo sólido. Miro hacia abajo, sorprendido mientras veo cómo me muevo por el aire como si estuviera en un suelo invisible hasta llegar a la fuente.

Mi mano se extiende hacia el orbe cuando vuelve el dolor de cabeza y gano el control de mi cuerpo, mientras llega otra vez la voz a mi cabeza:

-No podrás huir para siempre.

Me invade el pánico, intento escapar pero me doy cuenta de que ya no puedo cruzar el acantilado como antes. Solo me queda ir hacia el orbe.

Me vuelvo a acercar al orbe, y en cuanto lo toco, brilla en un color magenta y detrás de la fuente todo se altera como si fuese absorbido, dejando un túnel a la vista.

Repentinamente, la sustancia morada se levanta y me veo atrapado por la misma, siendo arrastrado por esta hacia el mismo túnel. Mientras más avanzo por el túnel, más crece el pánico y el dolor de cabeza., pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que tanto perturba mi mente?

Antes de salir del túnel, un destello me ciega. Cuando abro los ojos, veo un campo lleno de hierba morada, con el cielo tapado de nubes de color azul oscuro desde donde llueve sangre, y al fondo, una figura.

Lo que al principio se ve como una silueta borrosa se va haciendo más y más reconocible hasta hacerse familiar.

Es... un ser querido... Llegan a mí dulces recuerdos en grupo con dicha persona,... momentos que no creí poder haber olvidado que eran tan felices,... viejos tiempos que no se sentían tan fríos,...

...

...su...

...su m...

...su muerte...

Llegan los recuerdos de dicha tragedia,... la impotencia y la culpa que viene de esta... los rostros de todas aquellas personas con un aire de miseria ya perpetuo..., sin rastro de alguna sonrisa o emoción que jamás tuvieron...; ...visiones que plagaban mi conciencia,... con los recuerdos de aquella desdicha grabados en mi cabeza,... la desesperación que me llevó a desear una oportunidad para tener a esa persona de vuelta..., ...para que este dolor desaparezca y pudiese volver a conocer la tranquilidad, siendo traído a este lugar...; todo esto a la vez que me envuelve la ansiedad y el pánico, y mi cabeza empieza a doler tanto como si estuviese atravesada por un puñal.

Mientras mi mente se ve afectada por todo esto, aquella figura poco a poco se va haciendo más pálida, más flaca, más rugosa, y sus ojos se van haciendo más vacíos, siendo a su vez ese vacío el que agarra mi mirada.

Mi cuerpo se queda inmóvil, y la silueta empieza a moverse hacia mí. Cuanto más se acerca, más se rompe mi estado mental, más borroso y rojizo se hace todo excepto por dicha figura, principalmente su mirada reflejando la nada.

En un instante, está justo en frente mía... y... noto... algo en el pecho... dolor...

Se desvanece dicha figura, mostrando un agujero negro a la distancia, el cual se asoma en mi dirección. Miro hacia mi abdomen y veo mi propio brazo en él, con un trozo de cristal clavado. El dolor se hace insoportable... todo duele... no soy capaz de moverme... no soy capaz de ver nada excepto por ese agujero negro... no he sido capaz de salvar a nadie... ni siquiera a mi propia conciencia...

El agujero negro se halla ya cerca. No obstante, a la vez que se aproxima, se disipa el dolor y todos los sentimientos negativos, hasta que soy engullido. A este punto, voy perdiendo la capacidad de siquiera verme a mí mismo, el dolor se ha ido completamente, junto el pánico y lo demás.

Todo lo que siento... se reduce a nada.

Toda mi conciencia... se reduce a nada.

Todos mis pensamientos... se reducen... a nada.

Lo único... que queda... de mí... es la nada...

V...a...c...í...o...

FIN